

LA REVISTA BLANCA

Sociología, Ciencia y Arte

AÑO VII—2.ª época—NÚM. 151

Administración: Guinardó, 37

Barcelona, 1.º sepbre. de 1929

Número suelto : 0'50 ptas.

Suscripción : 3 ptas. trim.

Impresiones retrospectivas de decenio en decenio, de 1879 a 1929

(Conclusión)

Estas hazañas del espíritu humano libertado no han contribuido poco a dar a los años de 1860 a 1870 un carácter ascendente, y los trabajadores, agrupándose al fin internacionalmente, celebraron en 1869 su Congreso internacional más memorable, el de Basilea en septiembre. En este Congreso alcanzó su apogeo la elaboración de las ideas del colectivismo anarquista por medio de discusiones serias y detenidas; Bakunín y los belgas, sobre todo De Paepe e Hins contribuyeron a ella, auxiliados por jurasianos y españoles. Los comunistas autoritarios y los proudhonianos fueron dejados atrás por demasiado doctrinarios, y los mejores representantes de los obreros franceses, como Eugenio Varlin, aceptaron francamente el comunismo antiautoritario. España, donde la Internacional no había sido aun constituida en Federación, pero donde en Madrid y Barcelona, por iniciativa de los núcleos formados por Fanelli, se tendía ya a la fundación de secciones y federaciones locales en un buen número de ciudades, estuvo representada por G. Sentifón y R. Farga Pellicer, que profesaban altamente el colectivismo anarquista y trabaron entonces relación íntima con Bakunín y sus camaradas. Farga invitó al Congreso a reunirse en 1870 en Barcelona, pero los delegados, convencidos de que para entonces ya habría caído el Imperio de Napoleón III, eligieron París. Nadie previó la guerra, todos creían en la revolución próxima en Francia, en otro 1848, esta vez netamente socialista, una ola revolucionaria intereuropea que partiría de París.

Este Congreso auguró, pues, la aceptación del colectivismo anárquico por los trabajadores organizados más avanzados, cosa que desagradó soberanamente a Marx que vio derrumbarse así su esperanza de enganchar a los trabajadores de todos los países a su programa de

la conquista del poder político y de la dictadura del proletariado. Por esto desencadenó la lucha, iniciada en el otoño de 1869 y que culminó en acuerdos votados por mayorías ficticias partidarias de Marx, que rompieron la solidaridad moral, destruyeron la conciencia de la buena voluntad mutua que hasta entonces—se trata de 1871 a 1872—habían hecho posible la coexistencia y a menudo la cooperación amable y cortés de hombres de ideas sociales muy diversas en la Internacional. Lo que pasó en ese medio restringido de 1871 a 1872, se ha convertido después en regla general: socialistas autoritarios y socialistas anarquistas no se conocen ya, consideran las ideas del grupo opuesto como nulas y no existentes. Situación curiosa y trágica, puesto que hace imposible una franca victoria socialista; pues siempre será solamente la victoria de los unos o los otros, seguida de rivalidades y de luchas que, si los autoritarios prevalecen como en Rusia, se transforman en persecuciones crueles, y, si los libertarios triunfaran, les colocarían ante problemas difíciles aun no resueltos.

El Congreso de 1869 marca, pues, un bello ejemplo de cooperación cortés de todos los socialistas, pero recuerda también que esa fue la última vez y que, durante estos sesenta años casi cumplidos, no se ha hallado aún un medio para poner fin a este desgarramiento recíproco de los trabajadores avanzados, y la mayor parte del tiempo ni siquiera se ha intentado hallarlo. El problema permanece todavía en pie.

También en 1879, la renovación de la efervescencia popular al cabo del largo período de languidez que siguió al aplastamiento de la «Commune» del año 1871, halla a los socialistas netamente divididos en revolucionarios y en partidarios del parlamentarismo, considerado como el medio seguro para la conquis-